

Mi historia con la historia

Santiago LEONÉ

Recuerdo que durante la lectura de mi tesis, uno de los miembros del tribunal observó que mi forma de analizar la historiografía parecía un juego, una forma de divertirse desmontando los textos, lo cual le resultaba, según afirmó, doloroso. Aunque nunca me lo había planteado así, creo que la anécdota muestra bastante bien qué es lo que me atrae más de la historia y cuál es mi punto fuerte a la hora de escribir sobre ella. A la historia me acerqué sobre todo como lector, como alguien a quien le interesan los libros (o los textos en general). De la historia me interesa cómo se ha escrito y cómo se escribe. Dicho con otras palabras, la historiografía. Y eso es precisamente lo que, creo, se me da bien analizar y comentar: cómo se construyen los textos, cómo éstos edifican su propia realidad, cómo hablan entre ellos, cómo discuten. La historia social y la historia económica han sido, en buena medida, tierra desconocida para mí (en cualquier caso, más la historia económica que la social). Me cuesta entrar en los modos de vida del pasado y me pierdo entre los números. Me entusiasma, en cambio, ver cómo los modos de pensar se plasman en los textos. De las historias del pasado (y de muchas del presente), me interesa más lo que cuentan sobre su presente, que lo que nos revelan sobre el pasado (sea cual sea) que se propongan explorar. En esto, creo, fui en contra de lo que venía siendo la práctica mayoritaria en la historia de Navarra. Si uno toma la edición de los *Anales de Navarra* de José de Moret, en el estudio introductorio es palpable que la obra del jesuita interesa en la medida en que ayuda a desbrozar la historia medieval, es decir, en la medida en que aporta documentos sobre el pasado, los estudia críticamente y allana el camino de quienes se dedican hoy en día a estudiar la historia anterior al siglo xvi. No interesa, en cambio, el modo en que el relato de Moret se inserta en su presente, qué elementos contiene que lo relacionan con otros historiadores contemporáneos, cómo trata los mitos políticos presentes en su época. Esa visión un tanto miope ha llevado a muchos historiadores a marginar y restar importancia a lo que desde nuestro punto de vista son mitos un tanto absurdos, pero que en la época eran relatos históricos con valor político. En la época en la que trabajaba en mi tesis (y, en parte, todavía hoy), los mitos de Túbal y del vasco-cantabrismo, que tanta fuerza tuvieron en Navarra, se despachaban en una línea: eran excesos románticos de historiadores sobre los que interesaba establecer si tenían mucha o poca capacidad crítica.

Era eso precisamente, la historia como relato literario receptor de mitos y de prejuicios, más que la historia como relato verdadero del pasado, lo que me interesaba (y, todavía, en buena medida me interesa). En este sentido, los modelos que más me atraían en aquella época eran los de aquellos autores que se hallaban a medio camino entre la historia y la literatura, o entre la historia y la filosofía. Hayden White sería un nombre que podría citar, o Michel Foucault o Roland Barthes.

Otro aspecto que me ha interesado y me interesa es el de la relación entre la historia y la identidad, o, dicho de otro modo, el de la construcción de la identidad colectiva a través de relatos y símbolos históricos, a través de lo que entonces el historiador francés Pierre Nora llamaba lugares de la memoria. Los volúmenes que constituyen la monumental obra *Les lieux de mémoire* han sido, en este sentido, una fuente constante de inspiración, aunque no he dejado de mantener una relación crítica con ellos. Tengo la impresión de que Nora pretendía reactivar la memoria francesa, ofrecer nuevos puntos de apoyo a una identidad que él percibía en declive. De hecho, durante bastante tiempo insistió en que los “lugares de la memoria” era un concepto exclusivamente francés, inaplicable a otros casos (cosa que los numerosos trabajos realizados en Alemania, en Inglaterra, en Israel, en Italia... han venido a desmentir). Pese a afirmar que él no celebraba la nación, sino que estudiaba sus celebraciones, el deseo de refundar la identidad nacional francesa con un tipo de historia adecuado al siglo xx es evidente en la obra de Nora. En Navarra, lo más parecido al trabajo de Nora fueron los dos volúmenes de *Signos de identidad colectiva para Navarra*, coordinados por Ángel Martín Duque. Como en el caso de Nora, se trataba aquí también de fortalecer una identidad supuestamente amenazada, más que de estudiarla críticamente.

En mi opinión, la historia de Navarra ha sufrido de dos grandes defectos hasta hace poco. Quizá en los últimos años estos defectos se han corregido un poco, pero creo que mi punto de vista todavía puede ser válido. Por una parte, ha habido una tremenda inflación de la historia medieval; por otra parte, el método histórico se ha concebido como la enumeración de datos objetivos que se hallan en los documentos, no como una interpretación de esos datos. Esas dos características (o esos dos defectos) en la forma de hacer historia en Navarra tienen, creo yo, un origen ideológico. La excesiva atención a la historia medieval responde, de un lado, a la idea de que la verdadera historia de Navarra es la historia del reino independiente: es entonces cuando hay reyes, guerras, conflictos, materia, en fin, para la narración. Para la visión dominante en Navarra, tras la conquista no hay grandes hechos que reseñar, y se prefiere dar una visión más o menos idílica de la relación con España. La atracción por la historia medieval, de otro lado, ha permitido marginar otros aspectos más conflictivos, más problemáticos de la historia contemporánea de Navarra. Resulta llamativa la falta de estudios sobre figuras e instituciones que, en el siglo xx, han marcado la trayectoria histórica de Navarra: Eladio Esparza, Tomás Domínguez Arévalo, Garcilaso, el *Diario de Navarra*. Desde la historia oficial no existen apenas estudios sobre ellos o, cuando existen, son de carácter marcadamente hagiográfico y, por ello mismo, carentes de interés. De otro modo, han sido historiadores más o menos al margen del circuito oficial de la historia en Navarra quienes han escrito sobre esas figuras.

Y, en segundo lugar, durante mucho tiempo se ha hecho una historia muy poco interpretativa, muy ligada al dato y al documento, a la actitud de simplemente pasar el contenido de papeles viejos de los archivos o bibliotecas al papel nuevo del libro de historia, sin que el historiador ejerciera una labor crítica de interpretar esos datos. Afortunadamente, creo que esta actitud se está dejando atrás.

Me resultaría difícil decir cuál es el libro de historia de Navarra que más me ha gustado o que más aprecio. En su momento, cuando estaba realizando la tesis, dos me llamaron mucho la

atención. Uno fue el de Iñaki Iriarte, *Tramas de identidad*, y el otro *La nueva Covadonga insurgente*, de Javier Ugarte. En otras ocasiones, más que citar un libro, tendría que citar el trabajo en general de algunos historiadores. En la Universidad de Navarra hay algunas voces aisladas, como la de Patxi Caspistegui, que están realizando una labor reseñable, no sé si siempre debidamente reconocida. No sé tampoco si tienen todo el reconocimiento que merecen los historiadores reunidos en el Instituto Gerónimo de Uztariz (y ligados algunos a la Universidad Pública de Navarra), como Mikeas Lana, Josemi Gastón, Fernando Mendiola, Emilio Majuelo, Juan Madariaga... Para mí, tanto el uno como los otros han sido una fuente constante de inspiración y de ánimo tanto por su trabajo como por su actitud.

Sospecho, en todo caso, que mis reflexiones seguramente no están ya muy al día. Hace ya algunos años que la vida me llevó por otros caminos y, aunque sigo comprando (y, a veces, incluso, leyendo) libros de historia, no sigo el tema tan de cerca como cuando estaba metido en mi tesis. Espero, en cualquier caso, que esta breve reflexión pueda resultar de interés.